

Relaciones peligrosas: Estados Unidos y su cooperación militar en Colombia, México y Venezuela (1991-2010) *

Saúl Mauricio Rodríguez-Hernández^{**}
(Pontificia Universidad Javeriana)

- I . Introducción
- II . Un breve recuento histórico: Estados Unidos y su influencia en América Latina
- III . Colombia: un aliado sin igual
- IV . México y su acercamiento militar a los EE.UU: El caso “Intermedio”
- V . Venezuela y el distanciamiento militar respecto a Estados Unidos
- VI . Conclusión

I . Introducción

Si bien Estados Unidos se consolidó como la gran potencia regional a partir de los años noventa cuando no había ningún país que pusiera en duda su poderío regional, y su influencia fue y es considerable en el área mediante la entrega de ayuda y colaboración militar, muchos países de América Latina han decidido distanciarse de la cercanía y condicionamientos planteados por Washington, primero en la llamada “guerra contra la droga”, como la preocupación más importante tras el fin del Comunismo, y posteriormente en la “cruzada” contra el terrorismo luego de los

* Agradezco los comentarios y sugerencias de los árbitros anónimos que leyeron mi artículo para su publicación en Asian Journal of Latin American Studies.

** 사울 마우리시오 로드리게스-에르난데스(Pontificia Universidad Javeriana, saulrodriguez@yahoo.com), “*위험한 관계들: 미국과 콜롬비아, 멕시코, 베네수엘라 간 군사동맹(1991-2010)*”.

hechos del 11/S. Según algunas perspectivas esto se debió a dos circunstancias particulares. Primero, en los años noventa se dio preferencia a unas relaciones de tipo económico más que militar, frente a un ambiente internacional con menos amenazas convencionales (Franco 2000, 14-17); y en segunda instancia, y tras las acciones en la “guerra contra el terrorismo”, el gobierno estadounidense se ha negado a entregar ayuda militar a los países de América Latina que no hayan firmado una excepción para evitar someter al personal militar estadounidense acantonado en estos países, a los tribunales de la *Corte Penal Internacional* en caso de ser necesario (Weisman 2006).

Es así como en el contexto de América Latina varios países han preferido distanciarse de los requerimientos de Washington por tales condicionamientos, o reducir la recepción de este apoyo, entre estos se encuentran Brasil y Argentina antiguos receptores de ayuda económica y asesoría militar.¹⁾ Esta situación va de la mano con el descenso en los recursos entregados a la región para asuntos estrictamente militares (Tait 2008).

En contraste la cuenca del Caribe presenta los dos extremos respecto a la relación militar con los Estados Unidos. Es decir, se encuentran casos que oscilan entre un apoyo casi total e incondicional a Estados Unidos hasta un rompimiento de lazos militares con este país. En esta línea hay tres casos que son relevantes de analizar por el tamaño de los países. En primera instancia se encuentra Colombia, país que mantuvo y consolidó la alianza militar con los Estados Unidos en los últimos años debido a la situación de orden interno que vive, a diferencia de la situación presente en países de igual tamaño en la región, tanto así que

1) Brasil mantuvo durante los años noventa y comienzos del siglo XXI una “*relación entre iguales*” en lo que respecta a las relaciones militares con Estados Unidos, si bien rechazó mucha de la ayuda militar de Washington, sus relaciones con el país del norte no han cesado en estos asuntos, muestra de ello es la firma de un acuerdo militar entre el Brasil y Estados Unidos, el cual sin embargo está más orientado a un acercamiento político en estos asuntos más que a una injerencia militar del Estados Unidos en el país suramericano.

se ha empezado a hablar que este país del norte de Suramérica se ha convertido en la punta de lanza de los intereses militares de Estados Unidos en el área (Rodríguez 2006a, 484-488). Circunstancia que ha afectado la percepción de seguridad en la región y ha creado zozobra en los países vecinos de Colombia, especialmente en Ecuador y Venezuela.

En segundo lugar sugerimos el caso de México, país que se debate entre una autonomía y al mismo tiempo una dependencia respecto a la política exterior militar de Estados Unidos en la región, especialmente, en la lucha contra las drogas, ya que si bien este importante país se mantuvo distante por muchos años de la influencia militar estadounidense, en los noventa y los años más recientes se ha hecho muy cercano a Estados Unidos.

Por último proponemos el caso de Venezuela y la posición de su gobierno, el cual ha manifestado su total desavenencia a seguir los intereses militares de Estados Unidos en la región, no obstante, este caso específico presenta varias ambivalencias entre la posición sustentada por el gobierno de Chávez desde 1998 y la recepción de soporte militar estadounidense en los últimos años para el equipo que fue adquirido el época dorada de las relaciones entre estos dos países.

Estas circunstancias hacen relevante estudiar estos países de América Latina debido a que por su tamaño e importancia pueden mostrar la coherencia o incoherencia de la política militar de Estados Unidos hacia la región, su influencia más reciente sobre las Fuerzas Armadas de estos países y la disposición de los gobiernos de la región tras el fin de la Guerra Fría para recibir apoyo militar del país del Norte. Pues quiérase o no América Latina y el Caribe sigue siendo un lugar de primer interés para los Estados Unidos. En este sentido observar el peso de su influencia militar nos puede mostrar cual es su real presencia en la región, en un momento de la historia de la humanidad en que nuevos países están compitiendo con esta potencia por el predominio mundial. Más aun en una zona que es rica por sus recursos naturales y mano de obra que puede ser punto de interés para muchos países en el escenario

internacional, sobre todo en una posible “guerras por los recursos” (Klare 2004).

En sentido en el siguiente texto analizaremos en primer lugar el papel histórico de Estados Unidos y su relación con América Latina y el Caribe. En segundo lugar, entraremos en materia estudiando consecutivamente la relación militar entre el país del Norte y Colombia, México y Venezuela. Por último haremos algunas conclusiones y sugerencias sobre el tema analizado.

II. Un breve recuento histórico: Estados Unidos y su influencia en América Latina

A partir de la segunda mitad del siglo XIX el Mar Caribe se convirtió en el espacio por naturaleza de la expansión estadounidense fuera de su territorio continental. Los conocidos postulados del Almirante Alfred Mahan, señalaban la necesidad imperante de que el naciente Estados Unidos consolidara su posición en esta parte del globo terráqueo. Es así como la cuenca del Caribe se volvió en el espacio de desenvolvimiento natural de este país (García Muñiz 1988).

Tras la guerra hispano-americana (1898), Estados Unidos tomó posesión de Cuba y Puerto Rico, y más adelante con el apoyo de los secesionistas panameños tomó control sobre la franja que circundaba el área del canal de Panamá (1903). Lo cual en muchos casos implicó la instalación de bases militares en estos territorios, que sirvieran de lugar de apoyo para la naciente arquitectura militar de Estados Unidos (Lindsay-Poland 2008).

En el transcurso del siglo XX, las cosas no cambiaron para nada. Muchos de los países de América Latina y el Caribe vieron con mayor fuerza como el país del Norte se consolidó como potencia económica y con una influencia política directa sobre sus respectivos países. Ya que EE.UU otorgaba la mayoría de los empréstitos para la región e invertía

sobre la naciente explotación de recursos naturales, especialmente el petróleo tanto en la zona del Golfo de México como en Venezuela.

Durante el llamado *Siglo Estadounidense*, los países de América Latina estuvieron en un tira y afloje respecto a sus relaciones con Estados Unidos, en una posición no siempre favorable. Era evidente que mientras el país del Norte se consolidó como una rica potencia industrial los países de la región latinoamericana, no pudieron –ni han podido– competir ni medianamente con Estados Unidos. Si bien a partir de los años treinta se dio un acercamiento, este sucedió más por presiones internacionales que por la verdadera iniciativa de la dirigencia estadounidense por colaborar con su contraparte latinoamericana. La iniciativa política del “Buen Vecino” fue una política coyuntural que respondió a los retos que representaba el fascismo europeo tanto a nivel mundial como regional (Bushnell 1984).

Pero es que la cercanía que hizo valiosa a la región como fuente de materias primas tanto en la Segunda Guerra Mundial como en los años posteriores, también traía de la mano problemas que afectaron al país del Norte y que tenían como su punto de paso u origen los países del Caribe. Uno de estos incipientes problemas fue el tráfico de sustancias psico-activas y el crimen organizado, que ya desde mediados del siglo XX incidía directamente sobre los Estados Unidos. Como bien lo señalara el profesor Eduardo Sáenz Rover, Cuba y el mismo Caribe, gracias al hecho de ser un punto de paso obligado hacia Estados Unidos, se convirtieron en un área problemática (Sáenz 2005). No obstante, esta área solo fue motivo de preocupación en momentos específicos y no de manera constante en la segunda mitad del siglo XX, en buena medida debido al papel que ocupó la “Superpotencia” norteamericana en la lucha bipolar contra la Unión Soviética, lo que le implicó preocupaciones en otras regiones del globo.

En este contexto la necesidad de aliados militares hizo que el país del Norte se preocupara por mantener una relación cordial con sus vecinos del Sur. La ayuda que los países latinoamericanos podían brindar, estaba

circunscrita al envío de recursos naturales para la industria militar estadounidense y como aliados menores preparados militarmente para enfrentar una hipotética incursión de la Unión Soviética en la región. No obstante, la situación cambió con la irrupción de guerrillas locales que manifestaban su abierta cercanía hacia el comunismo y los países de la esfera soviética tras el triunfo de la Revolución Cubana (Rouquié 1984, 149-157).

Durante la Guerra Fría las relaciones entre Estados Unidos y los países de América Latina estuvieron centradas de manera predominante en el aspecto militar y los asuntos de seguridad. En este periodo el país del Norte no solo dio la directriz política e ideológica para luchar contra un enemigo común, sino que buscó en la medida de lo posible la estandarización militar de las fuerzas armadas de la región para que fueran útiles en la consecución de sus objetivos estratégicos (Veneroni 1973). Una situación que se dio en parte debido a la benevolencia de la dirigencia política y militar de América Latina respecto a los intereses del país del Norte y ante la ausencia de unos objetivos de seguridad propios.

Tras el fin de la Guerra Fría la influencia militar estadounidense en América Latina y el Caribe siguió siendo importante y no se modificó de manera significativa, no obstante, los objetivos sustentados por Washington se redireccionaron y dirigieron particularmente a combatir el tráfico de narcóticos y los grupos de delincuencia transnacional. Sin embargo, en este periodo de la historia contemporánea se dieron situaciones determinantes respecto a la alianza militar entre Estados Unidos y los países de América Latina, mientras en unos casos el apoyo se ha mantenido e intensificado en otros casos esta influencia poco a poco ha entrado en declive. Ya hace algunos años en un provocador artículo el profesor Samuel Fitch señalaba cómo la asistencia militar de Estados Unidos a la región estaba en un franco descenso si se le comparaba con la ayuda militar entregada por Estados Unidos en los años más álgidos de la Guerra Fría (Fitch 1994, 77-111).

En un sentido semejante, pero teniendo en cuenta el escenario del siglo XXI, el comandante del Comando Sur entre los años 2004 y 2006, General Bantz Craddock, sugería que el país del Norte estaba perdiendo influencia militar en la región cediendo espacio a nuevas potencias como China. Es así como se estaba rompiendo con uno de los “objetivos implícitos” de la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina, es decir mantener una alianza con los países de la región y al mismo tiempo con sus fuerzas armadas; un actor institucional que se caracterizó por su apoyo incondicional al país del Norte en periodos anteriores.

Como fuera señalado por el profesor húngaro Ferenc Fisher, la estrategia de Estados Unidos hacia América Latina se ha caracterizado por mantener diez puntos específicos, estos son: 1. Conseguir que los países de América Latina y sus fuerzas armadas sean aliados exclusivos. 2. Crear una zona de seguridad en todo el subcontinente. 3. Garantizar que América Latina brinde las materias primas para la industria militar de EE.UU. 4. Establecer bases aéreas y navales para las fuerzas de Estados Unidos en la región. 5. Sacar provecho del potencial bélico latinoamericano. 6. Monopolizar los mercados de armás de la región. 7. Ganar la simpatía de los políticos de América Latina. 8. Estados Unidos determina la doctrina militar para la zona. 9. Las fuerzas armadas del subcontinente cumplen con el mantenimiento del orden público. 10. Washington mantiene unas relaciones de cercanía con los militares de la región (Fisher 1999, 250-253).

Podemos ver que muchos de estos postulados se mantienen en alguna medida hasta los años más recientes, sin embargo, muchos otros han sido revalidados en varios aspectos. Esto se ha dado por la iniciativa o las necesidades de algunos países de la región. Por así decirlo el “*el pueblo al sur de los Estados Unidos*”²⁾ y el “*mare nostrum*” estadounidense,

2) Esta denominación la uso tomando como referencia el título de la canción «*Latinoamérica es un pueblo al sur de Estados Unidos*» del grupo de rock chileno Los Prisioneros. Véase el disco *La voz de los 80's* (EMI, 1984).

siguen siendo considerados como zonas fundamentales para la seguridad estadounidense en el ámbito mundial (Van Klaveren 1992), no obstante, las relaciones militares se han modificado de país a país entre la cercanía y la distancia respecto a Estados Unidos. Algunos especialistas consideran que la falta de iniciativa de Estados Unidos sobre la región en los años más recientes y la búsqueda de una nueva orientación en la política exterior de algunos países de América Latina han hecho cambiar las clásicas relaciones de subordinación frente a Washington (Hakim 2006; Soeren Kern 2005).

III. Colombia: un aliado sin igual

A partir de los años cincuenta del siglo XX, las relaciones militares entre Estados Unidos y Colombia se hicieron inseparables, después de dar fin al “forcejeo” en las relaciones bilaterales, tras zanjar las diferencias producto del apoyo que Estados Unidos dio a los separatistas panameños a comienzos del siglo XX. Con la participación colombiana en la guerra de Corea, las Fuerzas Militares de Colombia, y particularmente el ejército se hizo plenamente cercano al proceder militar del país del norte, en los aspectos estratégicos, tácticos y operacionales, según un benévolo alineamiento de la dirigencia política y militar colombiana hacia los Estados Unidos, una situación que en un libro publicado hace algunos años denominamos como “*subordinación militar activa*” (Rodríguez 2006). Los cincuenta fueron un periodo determinante en las relaciones militares entre los dos países, tanto así que de ahí en adelante el aliado del Norte se convirtió en un país vital para los intereses internacionales de Colombia, situación que no se vio alterada de manera drástica durante la segunda mitad del siglo XX y comienzos del siglo XXI.

No obstante, durante el periodo más álgido de la Guerra Fría en América Latina entre 1959 y 1990, Colombia estuvo al margen de la

tensión más crítica en la lucha ideológica entre Este y Oeste en el ámbito subregional. Esto se dio debido al hecho que Colombia no era un país importante dentro de los objetivos militares de los Estados Unidos ni en el contexto global ni regional. Se llegó a considerar que el conflicto colombiano no ameritaba mayor preocupación por parte de Washington, debido a que la insurgencia local no tenía ni las capacidades ni los recursos suficientes para derrocar el Estado colombiano e instaurar un gobierno comunista.

Esta situación iba en contravía a la situación que se dio en el contexto centroamericano e incluso en el Cono Sur, lugares donde Estados Unidos mantuvo un interés significativo incluso brindando financiación o auspiciando golpes militares durante la segunda mitad del siglo XX. En esta línea el conflicto colombiano se mantuvo al margen dentro de los intereses estadounidenses en la región durante esta etapa y la financiación directa no fue una de las más significativas.

No obstante, tras el fin de la Guerra Fría la situación cambió poco a poco. En primera instancia los Estados Unidos dejaron de considerar al Comunismo como un enemigo específico tanto a nivel mundial como regional. La Unión Soviética dejó de existir y por ende su peligro había cesado. Pero como es bien conocido los grandes poderes a nivel mundial tras el fin de un enemigo buscan uno “nuevo” al cual combatir. En esta línea el aparato gubernamental estadounidense empezó a considerar a los narcóticos como el “nuevo” problema a enfrentar. Con mayor ahínco se consolidó la lucha contra este flagelo, el cual llevaba de la mano otros problemas como el lavado de activos, la trata de personas, el tráfico de armas, entre otros.

Los años noventa llegaron a ser un periodo durante el cual el problema colombiano cobró una notabilidad sin igual. Es así como un país con una situación conflictiva llegó a convertirse en una prioridad para Estados Unidos. El apoyo estadounidense a las Fuerzas Armadas Colombianas se hizo notable para ayudar a combatir tanto el tráfico como la producción de amapola y coca en territorio colombiano.

Muchos temían que la falta de capacidad de las fuerzas armadas nacionales permitiera un aumento en la producción de estos cultivos ilícitos. La presión estadounidense se hizo creciente sobre la institucionalidad colombiana, sin embargo, la institución que se vio mayormente comprometida en la lucha antinarcoóticos fue la Policía Nacional de Colombia, la cual recibió el apoyo estadounidense durante la época más álgida de la lucha antidrogas, e incluso, durante el llamado periodo de la “narco-democracia” durante el gobierno del presidente Ernesto Samper (1994-1998) (Leal 2006, 155-156).

La institución policial recibió gran parte del apoyo militar estadounidense, incluso durante un periodo en el cual Colombia, fue “descertificada” por su escaso compromiso en la lucha contra la producción y tráfico de narcóticos. En este mismo periodo el conflicto colombiano llegó a su punto más álgido. A finales de los años noventa, en plena lucha antinarcoóticos, es cuando las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) dan los mayores golpes militares a las Fuerzas Armadas estatales en numerosas acciones (Vargas 2008b, 335). Tanto así que se considero que las fuerzas insurgentes estaban en capacidad de tomar el poder por la vía de las armas. Al mismo tiempo, las fuerzas paramilitares cobraron mayor fuerza tanto por su poder como por su brutalidad.

En este ambiente empezó a circular en los espacios gubernamentales estadounidenses, la idea de que el Estado colombiano estaba en vía de colapsar, por esta razón, si los Estados Unidos no hacían nada al respecto, Colombia caería en manos de una fuerza insurgente comunista. Por así decirlo, un conflicto marginal durante la Guerra Fría, exacerbó y cobró dimensiones inusitadas, que sin la ayuda de Washington podría convertirse en la piedra en el zapato a nivel regional. De país secundario Colombia llegó a ser prioridad.

La denominada “militarización” de la lucha contra el narcotráfico se hizo aun más intensa cuando se asocio la capacidad de los grupos al margen de la ley en Colombia, con los recursos que eran extraídos por la

producción y comercio de narcóticos. Esto condujo un apoyo más contundente de Estados Unidos a las Fuerzas Armadas de Colombia. Las tres fuerzas: Ejército, Armada, Fuerza Aérea más la Policía recibieron recursos provenientes de Washington, que tenían como fin luchar contra el narcotráfico pero a su vez acabar con las fuentes de financiación de los grupos al margen de la ley, y específicamente contra las FARC.

El “Plan Colombia” y sus recursos para el apoyo a las Fuerzas Armadas Colombianas llegaron a la cifra de 4 billones de dólares para respaldar este plan entre los años 2000 y 2005, más 530 millones de dólares entregados para el año 2006 (WOLA 2005, 1), y cifras equivalentes para los años posteriores. Los recursos financieros más la buena voluntad de Washington fueron vitales para la reestructuración de las Fuerzas Armadas de Colombia, las cuales sin la ayuda estadounidense no hubieran podido enfrentar el reto militar de las FARC. Es así que fue muy fácil que Colombia se circunscribiera a la llamada “Guerra contra el terrorismo”, que condujo a que este país se convirtiera en el aliado privilegiado en la recepción de ayuda proveniente de Estados Unidos, la cual se calcula es el 80% del total de los recursos entregado para América Latina (Torres 2008, 355). Sin embargo esta situación ha traído sus problemas, especialmente en lo que se refiere a su lugar como país problema en el contexto regional (Ramírez 2004, 247-258), que en buena medida ha entrado a desequilibrar el escenario de la región andina y la parte sur del Caribe.

Esto se debe en buena medida, a que se plantea que la alianza militar con Estados Unidos para enfrentar a los grupos terroristas colombianos, ha creado un des-balance en el equilibrio estratégico de la zona. Si bien se considera que el apoyo estadounidense a las Fuerzas Armadas Colombianas ha sido en equipo y entrenamiento para la lucha contra narcóticos y contraterrorista (básicamente contra las FARC), muchos dicen que la tecnología entregada como parte de la colaboración también puede ser usada para enfrentar a los países vecinos.

Como ya lo habíamos señalado, las Fuerzas Armadas Colombianas han sentido una cercanía histórica hacia los Estados Unidos, la cual se hecho han más cercana por considerarse que los dos países luchan contra enemigos comunes. Es así como la alineación ideológica de los militares y policías colombianos es casi natural con los del país del Norte. La idea de un nacionalismo extremo por parte de las fuerzas locales es casi una ilusión en este contexto, incluso, nunca ha habido evidencia de algún sector militar que este en contra de la ayuda entregada por Washington. Desde finales de los noventa y con el Plan Colombia, el equipo logístico y buena parte de la flota de helicópteros, y la instrucción militar y de inteligencia es proporcionada por los militares estadounidenses y las agencias especializadas de ese país.

Tanto así que algunas de las unidades militares emblemáticas en la lucha contra el narcotráfico y la insurgencia fueron y siguen siendo provisionadas por Estados Unidos, desde las botas de combate hasta los equipos pesados (e.i Brigada contra el Narcotráfico). Esta relación militar en entrega de equipo y recursos ha traído muy buenos resultados en lo que respecta en la lucha contra las FARC, como muchos funcionarios y militares colombianos lo reconocen y como los mismos hechos lo demuestran, incluidas la muerte de uno de los líderes históricos de las FARC, Raúl Reyes en territorio ecuatoriano a comienzos del año 2008 y la “Operación Jaque”, donde fueron rescatados varios secuestrados en poder de este grupo insurgente a mediados del mismo año.

Sin embargo, esta alianza militar también ha generado las críticas tanto en el contexto local como internacional. Algunos señalan que si algún día Estados Unidos dejara de brindar la ayuda representada en dinero, equipo y entrenamiento, Colombia estaría incapacitada para sostener el equipo militar entregado. Por otro lado, y refiriéndonos al contexto más actual, se señala la perjudicial intromisión de Estados Unidos en la parte norte de Sudamérica gracias a la firma del *Acuerdo*

de Cooperación Militar (2010)³⁾ entre los dos países, el cual le da capacidad a Estados Unidos de instalar personal militar en Colombia con capacidad para cubrir el Caribe, la región andina y amazónica con su equipo militar y especialmente aéreo. Esto no solo ha chocado contra el proyecto abanderado por Brasil, la “Unión Sudamericana de Naciones”, específicamente en su proyecto de defensa, sino sobre todo con el proyecto “alternativo” del presidente venezolano Hugo Chávez como lo demuestran los hechos y críticas más recientes por parte de todos los países al gobierno colombiano por la firma de este tratado.

En este escenario, tanto el gobierno como los militares colombianos se hayan hoy más que nunca en total cercanía al país del Norte, solo comparable a la época en la que junto a los estadounidenses lucharon en la guerra de Corea. Sin embargo esta situación de alianza puede conducir a un distanciamiento de Colombia de sus países vecinos, como ya se ha evidenciado. Al igual que a una no muy clara relación con los Estados Unidos, pues si bien Colombia es el país *consentido* en los asuntos militares lo es menos en otros aspectos, como por ejemplo en el comercio o en el aspecto económico. Es en este punto donde se aplica un elemento estadounidense clásico, no mezclar en las relaciones exteriores la materia política-militar con la económica, un elemento que no muchos colombianos conocen.

IV. México y su acercamiento militar a los EE.UU: El caso “Intermedio”

Durante la segunda mitad del siglo XX, México fue uno de los países menos militarizados en el contexto latinoamericano. A pesar de que

3) El título completo de este acuerdo es el siguiente: “*Acuerdo complementario para la cooperación y asistencia técnica en defensa y seguridad entre los gobiernos de la República de Colombia y de los Estados Unidos de América*”, firmado en Bogotá el 3 de noviembre de 2009.

tienen unas de las Fuerzas Armadas más numerosas de la región, con un tamaño de más o menos 192.000 efectivos, estas se fundamentan en la defensa de la soberanía de su país y en la colaboración en situaciones adversas como desastres naturales entre otros. La realidad histórica demuestra que México nunca ha hecho uso de su capacidad militar para amedrentar a sus vecinos. Algunos señalan que este tipo de situaciones no se dan por obvias razones, por el norte tienen uno de los vecinos más poderosos del mundo y por el sur unos vecinos muy débiles que no son fuente de amenaza para su soberanía. Esta situación de pacifismo va de la mano con la política exterior mexicana, la cual durante gran parte de los siglos XX y XXI, ha manifestado como su doctrina la no-intervención en asuntos de otros países, y en esta línea mantener una abierta negativa a la intromisión extranjera en sus asuntos locales. México tiende junto a Brasil a ser uno de los países mediadores en la región cuando se presentan altercados interestatales.

En el contexto de la lucha bipolar, los militares mexicanos fueron unos receptores menores de ayuda militar estadounidense en buena medida por que no se presentaron mayores problemas asociados con la lucha contra el Comunismo (Pyñerro 1985, 161). La autonomía es considerada como un elemento determinante en las relaciones con el vecino del Norte con el cual sin embargo no ha dejado de tener tensiones históricas (Benítez 2006, 141-142). Pero esta situación fue cambiando durante los años noventa tanto en el aspecto económico como de seguridad. Como bien lo sabemos tras los acuerdos para la creación de un área de libre comercio en Norteamérica, México inicio una fase de acercamiento a los Estados Unidos, que se diferenciaba de la sostenida por la mayoría de los países de América Latina. El NAFTA lo hizo aparecer como un país privilegiado en el contexto regional sobre todo en los aspectos comerciales (Pastor 2001, 272-274). Sin embargo, el flujo comercial que se dio gracias a la firma de este tratado también significo la apertura de la frontera entre ambos países significo tanto la entrada de inmigrantes ilegales a Estados Unidos, como la ampliación

del tráfico de narcóticos por la extensa frontera compartida por los dos países que supera las 2000 millas.

Es así como el acercamiento de México a los Estados Unidos implicó también nuevos compromisos que se hicieron crecientes debido al gran poder que empezaron a tomar los actores ilegales, representados por narcotraficantes y criminales comunes que delinquen principalmente en la zona fronteriza. Con una organización policiva federal, México durante los últimos años vio diezmada su capacidad de respuesta frente a estos actos delincuenciales que afectaban directamente la seguridad pública (Velasco 2005, 89-101). En esta línea el compromiso directo de los Fuerzas Armadas en la lucha contra el narcotráfico se hizo efectiva, en parte por la “iniciativa” estadounidense, que algunos especialistas han señalado busca la “militarización” de la lucha contra el narcotráfico. De ahí la denominación de “*War on Drugs*” que implica el uso tácticas y personal militar para enfrentar este problema (Youngers et al. 2004, 3-4).

No obstante, para el especialista José Luis Velasco el involucramiento de las Fuerzas Armadas Mexicanas en el combate del narcotráfico data de muchos años antes de los noventa, en este sentido: “En México, la participación de los militares en el combate a las drogas data de por lo menos la década de los 30, pero se volvió especialmente importante a finales de la de los 70” (Velasco 2005, 95).

Pero el ambiente de la posguerra fría y con los compromisos adquiridos entre México y Estados Unidos sobre todo en lo que respecta a intereses económicos conjuntos, que están representados por un alto flujo comercial entre los dos países que superaron los 130 billones de dolares anuales entre 1996 y 2006, implican un compromiso más importante (Rozenhal et al. 2004, 5). En este ambiente las Fuerzas Armadas Mexicanas inician un proceso de acercamiento a los Estados Unidos, no solo para actuar en la protección de intereses conjuntos México-estadounidenses sino también para combatir el narcotráfico. En este sentido el profeso Raúl Benítez señala los principales aspectos de acercamiento militar entre estos dos países:

1. A comienzos de los años noventa se reactiva La Comisión de Defensa Conjunta México-Estados Unidos, inactiva desde el final de la Segunda Guerra.
2. Se hacen constantes las operaciones conjuntas de entre la armada y la guardia costera de ambos países.
3. A partir del año 1995 se firman tratados de cooperación militar para enfrentar ala amenaza del narcotráfico.
4. El entrenamiento de 3000 oficiales mexicanos en escuelas militares estadounidense y 90 oficiales de inteligencia mexicanos en la CIA (Benítez 2005, 754-755).

Con el redireccionamiento en la lucha contra el Terrorismo tras los atentados a las Torres Gemelas, el papel y la colaboración militar de Estados Unidos hacia México no solo fue enfocada a la lucha contra el narcotráfico como un elemento que desestabilizaba la seguridad en este país, sino también contra el terrorismo. Por el posible uso que podían dar a México, grupos terroristas que pueden utilizar este territorio como corredor o punto de paso para la entrada o planeamiento de actos de sabotaje contra Estados Unidos. En esta tónica, México llego a ser el receptor No. 12 de ayuda militar en el mundo y el cuarto a nivel regional (Isacson 2007, 3-4). Pero este nivel de colaboración entre Estados Unidos y México inició también todo un debate sobre la “colombianización” de la lucha antinarcóticos en el caso mexicano.

Dentro de la idea reinante en los medios especializados se asegura que Estados Unidos esta usando el caso del comprometimiento de las Fuerzas Armadas Colombianas en la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo como modelo a seguir por parte de los países que reciben ayuda del país del Norte, incluyendo por supuesto el caso de México. Esta situación genera problemas en la identidad misma de las Fuerzas Armadas, pues se les está orientando hacia una labor en la cual constitucionalmente no estaría destinadas a cumplir.

Como lo señalara Marcos Pablo Moloeznik:

[...] podemos afirmar que las principales misiones y funciones confiadas a las Fuerzas Armadas mexicanas han convertido al Ejército, componente terrestre del poder militar, en el más importante instrumento armado, aunque con un perfil de policía militarizada orientada a enfrentar amenazas internas. La propia realidad impone la participación de los militares en acciones de carácter policial y parapolicial, ante la incapacidad institucional y los bajos niveles de confianza en la policía (2008, 168).

En el mismo sentido la ayuda militar de Estados Unidos ha hecho que esta fuerza reciba un respaldo para labores internas y menos para funciones externas. A pesar de la necesidad de acción conjunta para defender los intereses de los dos países tanto en la frontera terrestre como en el golfo de México y por ende en el Caribe. En así como a comienzos del siglo XXI, la colaboración de EE.UU estaba destinada al entrenamiento de personal, colaboración en actividades de inteligencia, operaciones psicológicas y instrucción para reparación de aviones y helicópteros (Benítez, 756). En la misma línea una situación muy parecida a la que se da en Colombia, donde el ejército es prácticamente una fuerza de orden interno, que recibe asesoría y ayuda de Estados Unidos para seguir cumpliendo con esta labor. No obstante, las diferencias evidentes entre Colombia y México, la menor experiencia de los militares mexicanos en la colaboración con el país del Norte y en la lucha contra el narcotráfico los puede llevar a involucrarse directamente en un problema interno, olvidando parte de su tradición de mantener la soberanía mexicana, algo que si bien discutido no ha generado un debate abierto y publico en el caso de este país.

V. Venezuela y el distanciamiento militar respecto a Estados Unidos

Durante largos años Venezuela fue un aliado de primer nivel para Estados Unidos en la región caribeña, no solo por la cercanía entre los

dos gobiernos sino por la mutua interdependencia entre los dos países. Venezuela proporcionaba el apreciado petróleo y Estados Unidos era un modelo político y económico a seguir para este último país. Como brillantemente lo sugiere el profesor Carlos Romero:

Durante años, Venezuela fue considerada una pieza importante para la estabilidad regional debido a la solidez de su sistema político y las características de sus relaciones cívico-militares. A pesar de haber experimentado una dictadura militar caudillista liderada por Juan Vicente Gómez (1908-1935), regímenes semiautoritarios (1935-1945), un corto periodo democrático (1945-1948) y una dictadura militar institucional (1948-1958), los venezolanos desarrollaron, desde 1959, una democracia y un sistema de partidos estables, percibidos como un modelo para el resto de América Latina. Y, en cuanto a las relaciones cívico-militares, los sucesivos gobiernos democráticos mantuvieron, desde 1959, el control civil, a pesar de que las Fuerzas Armadas retuvieron de facto ciertos poderes, sobre todo en relación con los temas fronterizos, la política de ascensos, la compra de armamentos y las relaciones militares con EE.UU (2006, 79).

Esta cercanía llegó a verse representada en la entrega de equipo militar estratégico a Venezuela a comienzos de los años ochenta, la venta de 24 aviones F-16 de última generación fue el punto más alto de las relaciones militares bilaterales. La adquisición por parte del gobierno venezolano se pudo hacer a pesar de la directriz estadounidense de no entregar material de este tipo a ningún país de la región. Tanto así que en los años setenta muchos otros países de la región tuvieron que recurrir a Europa e incluso a la Unión Soviética para proveerse de equipo bélico convencional frente a la negativa de Washington de vender o entregar por intermedio del Pacto de Asistencia Militar este tipo de equipo. Esta posición estaba enmarcada dentro de la idea de que los países de América Latina solo requerían de material militar ligero,

enfocado principalmente a la eliminación de enemigos internos, es decir fuerzas insurgentes.

No obstante, Washington estuvo dispuesto a vender estos aviones a su principal aliado en el Caribe, Venezuela. Además de dar toda la instrucción necesaria y soporte técnico para este equipo, con el objetivo estratégico de preparar a este país contra una hipotética incursión de la Unión Soviética en la zona. Es decir no con el fin de defender a Venezuela si no más bien para la proteger el Caribe y los recursos energéticos de este país. Estos dos países mantuvieron una relación muy especial en el escenario regional por lo menos hasta los años noventa, pues la confianza depositada por Estados Unidos era una muestra de ello.

El nuevo orden mundial, sumado a los aires de crisis en Venezuela a comienzos de los años noventa fueron modificando progresivamente la relación respecto a Washington (Kelly y Romero 2002, 96-100). Elementos que a su vez afectaron la misma relación en asuntos militares.

Con la llegada al poder de Hugo Chávez en 1998, las Fuerzas Armadas Venezolanas iniciaron un proceso de reconfiguración doctrinal y operativa, que se ve confirmada con la Constitución Bolivariana de 1999, como es señalado por un importante especialista en la materia: “La incorporación de las Fuerzas Armadas a los proyectos sociales y políticos de la nueva administración pública venezolana, se han basado en los cambios en la función de la institución militar establecidos en la nueva Constitución aprobada por la Asamblea Nacional Constituyente en 1999 [...]” (Manrique 2005, 765-769).

Si a este factor le sumamos el elemento carismático del presidente Chávez y su idea imperante de romper los lazos con el imperialismo estadounidense tanto en su país con en la región (Hawkins 2003, 1137-1160). Los cambios en las Fuerzas Armadas se hacían imperantes. La búsqueda de una independencia en varios ámbitos que empezaron principalmente en el plano político, y fueron llegando a otros sectores a medida que se consolidaba el proyecto político venezolano, en algunos casos mostrando sus rasgos de radicalidad, que para algunos rayaban en

la incoherencia. No obstante, lo llamativo del caso venezolano, es que de unas fuerzas armadas consideradas aliadas del país del Norte surgieron los sectores más recalcitrantes contra la política exterior de este país hacia América Latina. Entre tales ideas se incluía la visión de que el “imperialismo” estadounidense esta sustentado en la intromisión militar en los países de la región.

Como es bien conocido en algunos medios especializados las hipótesis de posibles conflictos en los medios militares venezolanos giraban entorno a un conflicto convencional con Colombia por tensiones territoriales, no obstante, desde la llegada del presidente Chávez al poder, la hipótesis de conflicto empezaron a girar respecto a una posible incursión estadounidense para derrocar a este gobierno que se autodenominado como vanguardia del “Socialismo del siglo XXI” (Reyes 2002, 84-104). A pesar de no ser señalado en la bibliografía especializada se podría decir que por razones casi naturales, esta corriente ideológica y de acción política implica un distanciamiento de la potencia del Norte y su carácter “hegemónico”. Claro está que la ruptura de relaciones no siempre es clara, pues como bien lo sabemos el mayor comprador del petróleo venezolano sigue siendo Estados Unidos.

En el contexto de gobiernos declarados de izquierda en América Latina, incluyendo por supuesto el caso venezolano, el profesor Alejo Vargas señala que muchos están buscando romper la subordinación respecto a Washington, para optar por una vía de mayor autonomía que no les implique aceptar modelos de seguridad y amenazas que vienen de afuera (Vargas 2008a, 87). Igualmente, es evidente en los planteamientos expuestos por el propio gobierno venezolano, que ha decidido crear su propia directriz militar, denominada como: “Doctrina bolivariana de la guerra defensiva de todo el pueblo”. Caracterizada por la preparación para enfrentar una guerra asimétrica frente al peligro de una incursión estadounidense para librarse de este incomodo gobierno caribeño (James 2006, 4-10).

En el frente político los esfuerzos del gobierno de Venezuela, respecto a su relación militar con los Estados Unidos han estado enfocados a romper cualquier relación directa en estos asuntos. Es así como el gobierno de Venezuela, en cabeza del presidente Hugo Chávez cancelo el Pacto de Ayuda Militar con Estados Unidos en abril del año 2005, y suspendió la cooperación con la *Drug Enforcement Administration* (DEA) en agosto del mismo año. Estas son muestras de la clara posición gubernamental venezolana de romper lazos de dependencia con la potencia del Norte. Sin embargo, esto trajo sus consecuencias en el plano de las relaciones bilaterales, ya que Estados Unidos recortó otros apoyos económicos, incluidos los que iban dirigidos al fortalecimiento de la democracia venezolana (Sullivan 2005, 2, 15).

En esta tónica los mismos militares venezolanos se vieron circunscritos al rompimiento de relaciones con su contraparte estadounidense, siguiendo un clásico principio de subordinación a las decisiones tomadas en el plano político. Sin embargo, no esta demás señalar que el caso de subordinación de los militares al componente civil en Venezuela tiene sus marcadas contradicciones (Norden 2008, 170-187), no obstante, el hecho mismo de empezar a contemplar a Estados Unidos como un “enemigo potencial” implica que el cuerpo militar se haya adherido al requerimiento político, sin embargo, no podemos demostrar que este sentimiento sea homogéneo dentro de todas los miembros de la institución castrense venezolana.

Para esta misma época Venezuela había empezado la búsqueda de nuevos proveedores para sus Fuerzas Armadas diferentes a Estados Unidos, como años antes lo habían hecho otros países de la región. Es así como se recurre a Rusia para adquirir aviones estratégicos y armas ligeras, y a China por radares y otros equipos, además de otros proveedores menores. Esta nueva compra de equipo ha generado resquemores entre sus vecinos, especialmente en Colombia, y en el propio Estados Unidos, donde se ha llegado a considerar que Venezuela no se esta equipando para librar una “guerra asimétrica” sino una guerra

ofensiva. Sin embargo, esta perspectiva tiene todo tipo de variantes y explicaciones que van desde la renovación de su antiguo equipo militar, pasando por la necesidad de romper lazos militares con Estados Unidos, hasta la idea de una carrera armamentista sostenida.

En esta línea se generó otro debate respecto a la relación militar entre Venezuela y los Estados Unidos. Esta tenía que ver con el mantenimiento y entrega de piezas de refacción para la flota de aviones F-16 vendidos al país caribeño. En los acuerdos iniciales se garantizó por parte del país vendedor la entrega de los requerimientos necesarios para mantener en capacidad operativa de estos equipos, sin embargo, los estadounidenses nunca contaron con que estos aliados empezarían a separarse poco a poco del cause inicial. Es así como el tema de los F-16 ha estado en la palestra pública por lo que significan los acuerdos pactados con anterioridad y los nuevos objetivos estratégicos de independencia del gobierno venezolano. Unos equipos entregados en medio de la amistad que llegaron a convertirse en “manzana de la discordia”, en lo que tiene que ver con las relaciones militares entre estos antiguos aliados.

De esta forma tanto el Gobierno como las Fuerzas Armadas Venezolanas han adelantado medidas necesarias para romper con los lazos “imperialistas” con los Estados Unidos, sin embargo el petróleo y los F-16 siguen siendo una muestra de que la independencia no es un asunto resuelto de manera radical. No obstante, la llegada del material de guerra comprado en Rusia a los últimos años ha alterado la dependencia técnico militar de Venezuela respecto a los Estados Unidos.

VI. Conclusión

En este artículo hemos tratado de señalar como los Estados Unidos dentro de sus objetivos históricos tuvo planteada su influencia sobre América Latina y el Caribe. Esta región no solo ha sido un área de

interés para el país del Norte, sino también, una fuente de preocupación sobre todo a partir de los años noventa, cuando la lucha contra las drogas se hizo generalizada dentro de la arquitectura de las “nuevas amenazas” planteadas por Washington; y más adelante en la lucha contra el terrorismo en los años más recientes.

A pesar de la desatención de Washington por la región en los últimos años, manifestada por varios académicos y expertos en política exterior tanto en Estados Unidos como en América Latina, el interés estadounidense sigue estando presente en diferentes niveles, desde la preocupación por el conflicto colombiano y su carácter “narcotizado”, pasando por la necesidad de mantener segura su retaguardia en el caso mexicano, hasta la total inconformidad hacia los procesos sostenidos por el gobierno venezolano. En todos los casos se cruza el elemento militar como una vieja línea de preocupación de Estados Unidos en la región. Que muestra diferentes variables, según el caso nacional y las condiciones locales.

En esta línea y haciendo uso del método comparado, podríamos señalar que los dos casos que más se asemejan son el colombiano y el mexicano respecto a sus relaciones militares con los Estados Unidos, pues en los dos países la “militarización” de la guerra contra el narcotráfico ha implicado el involucramiento de las fuerzas militares, las cuales son consideradas mucho más efectivas por Washington para combatir esta problemática. No obstante, la gran diferencia en estos dos casos se encuentra en la menor cercanía histórica de los militares mexicanos hacia su contraparte estadounidense, incluso la renuencia de algunos sectores de la institución castrense para recibir la colaboración militar del país del norte que implica una subordinación a intereses extranjeros. Esto se da en un contexto contrario a lo que sucede en Colombia, en donde sus militares históricamente se han sentido identificados con Estados Unidos y su proceder militar. Esta cercanía o distancia puede generar lazos de efectividad o fracaso operacional en la lucha contra el narcotráfico pero al mismo tiempo sobre aspectos de soberanía según el caso, que a largo plazo pueden ser contraproducentes

no solo para los militares de estos dos países latinoamericanos, sino para la misma posición de estos países en la región. Por ejemplo Colombia y su colaboración sustentada en necesidades prácticas y voluntad política han generado un distanciamiento de este país andino en la región, algo contraproducente para la solución de su conflicto interno donde se hace necesaria la participación de sus vecinos incluido Venezuela.

En algunos aspectos el caso venezolano dio muestras de cercanía a los Estados Unidos específicamente a comienzos de los años noventa cuando aun se vivía parte de la herencia de unas buenas relaciones militares entre Caracas y Washington incluso en los aspectos militares. No obstante, la reconfiguración del mapa político a finales del siglo XX con la llegada de un gobierno como el de Hugo Chávez con un marcado discurso anti-imperialista generó un distanciamiento respecto a los Estados Unidos, y especialmente en los temas de militar, los cuales son asociados como un tema de exclusiva competencia nacional y de independencia. En esta parte se asemejaría en algunos aspectos a lo sucedido a mediados de los noventa en el caso mexicano, donde se considera la intromisión estadounidense en los temas militares como una preocupación soberana, no obstante mientras en México se terminó cediendo un poco más en lo que respecta a la recepción de la cooperación militar, en el caso de Venezuela se radicaliza con el rompimiento de las relaciones militares con el país del norte.

Para finalizar no sobra señalar, como las relaciones militares de Estados Unidos hacia Colombia y Venezuela con un enfoque totalmente contrario pueden ser absolutamente contraproducentes para las relaciones entre estos dos países latinoamericanos, como ya se ha visto. La posición soberana de cada país de cercanía o distanciamiento respecto a Washington pueden escalar en un conflicto bélico sino son llevadas por una vía del diálogo y el mutuo respeto. Lo cual solo perjudicaría a dos países que han tenido una complementariedad histórica, que se ha quebrado por un asunto de índole militar respecto a Estados Unidos.

Abstract

This article analyses the military relationship between United States and some Latin American countries, specifically Colombia, Venezuela and Mexico using a historical perspective to understand last twenty years of military cooperation. To begin, it will describe some historical aspects of US-Latin American relations and relevance of this zone to American geo-strategic interests since 19th century. This article will study punctual cases; Firstly, it will analyze Colombian situation and its closed-relation to United States in two different periods of time: in the fifties and in early 21st Century years. Secondly, this article will study current US-Mexican relation, and how little by little this Latin American country had became so near to US military requirements in “War on Drugs”. Thirdly, it will point out some aspects about broken relationship between Venezuelan government and United States, and its difficult communication in military issues. Finally, I will give you some conclusions and reflections about this topic.

Key Words: Military Cooperation, United States, Venezuela, Colombia, Mexico, Armed Forces, War on Drugs, 21st Century / 군사관계, 미국, 베네수엘라, 콜롬비아, 멕시코, 군부, 마약밀매, 21세기

논문투고일자: 2010. 03. 01

심사완료일자: 2010. 04. 13

게재확정일자: 2010. 05. 03

Bibliografía

- Benítez Manuat, Raúl (2005), "Doctrina, historia y relaciones cívico-militares en México a inicios del siglo XXI," en Olmeda José(comp.), *Democracias frágiles: Las relaciones civiles-militares en el mundo iberoamericano*, Valencia: Tirant lo Blanch, pp. 754-755.
- _____ (2006), "México-Estados Unidos: paradigmas de una inevitable y conflictiva relación," *Revista Nueva Sociedad*, No. 206, nov-dic, Caracas, pp. 141-142.
- Bushnell, David(1984), *Eduardo Santos y la política del buen vecino*, Bogotá: El Ancora.
- Fisher, Ferenc(1999), "La política militar de Estados Unidos hacia a América Latina durante y después de la II Guerra Mundial," en *El modelo militar prusiano y las Fuerzas Armadas de Chile: 1885-1945*, Hungría: University Press Pécs, pp. 250-253.
- Fitch, Samuel(1996), "The Decline of U.S Military Influence in Latin America," en Schoultz Lars et al.(eds.), *Security, Democracy, and Development in U.S-Latin American Relations*, Miami: North South Center Press.
- Franco, Patrice(2000), *Toward a New Security Architecture in the Americas: The Strategic Implications of the FTAA*, Washington: CSIS.
- García Muñoz, Humberto(1988), *La estrategia de Estados Unidos y la militarización del Caribe*, Río Piedras: Universidad de Puerto Rico.
- Hakim, Peter(2006), "Is Washington Losing Latin America?," *Foreign Affairs*, enero-febrero, documento disponible en línea en <http://www.foreignaffairs.org/20060101faessay85105-p0/peter-hakim/is-washington-losing-latin-america.html>
- Hawkins, Kira(2003), "Populism in Venezuela: The Rise of Chavismo," *Third World Quarterly*, Vol. 24, No. 6, dic., pp. 1137-1160.

- Isacson, Adam et al.(2007), *Below the Radar: U.S Military Programs with Latin America, 1997-2007*, Washington: WOLA.
- James, Deborah(2006), *U.S Intervention in Venezuela: A Clear and Present Danger*, Global Exchange.
- Kelly, Janet y Carlos Romero(2002), *The United States and Venezuela: Rethinking a relationship*, New York: Routledge.
- Klare, Michael(2004), *Guerra por los recursos: El futuro escenario del conflicto global*, Barcelona: Urano Tendencias.
- Kern, Soeren(2005), *What are U.S interest in Latin America?*, No. 141, Madrid: Working Paper Real Instituto Elcano.
- Leal Buitrago, Francisco(2006), *La inseguridad de la seguridad: Colombia, 1958-2005*, Bogotá: Planeta.
- Lindsay-Poland, John(2008), "U.S Military Bases in Latin American and the Caribbean," documento en línea disponible en http://www.forcolombia.org/sites/www.forcolombia.org/files/Bases_in_Latin_America.pdf
- Manrique, Miguel(2005), "El proceso de politización de las Fuerzas Armadas Venezolanas, 1998-2002," en Olmeda, José(comp.), *Democracias frágiles: Las relaciones civiles-militares en el mundo iberoamericano*, Valencia: Tirant lo Blanch, pp. 765-769.
- Moloeznik, Marcos Pablo(2008), "Las Fuerzas Armadas en México: Entre la atipicidad y el mito," *Revista Nueva Sociedad*, No. 213, enero-febrero, Caracas, pp. 157-169.
- Norden, Deborah(2008), "Autoridad civil sin dominación civil?: Las relaciones político-militares en la Venezuela de Chávez," *Revista Nueva Sociedad*, No. 213, enero-febrero, Caracas, pp. 170-187.
- Pastor, Robert(2001), *Exiting the Whirlpool: U.S Foreign Policy Toward Latin America and the Caribbean*, Boulder: Westview.
- Pyñerro, José Luis(1985), *Ejército y sociedad en México: Pasado y presente*, México: UAM.

- Ramírez, Socorro(2004), *Intervención en conflictos internos: El caso colombiano, 1994-2003*, Bogotá: IEPRI.
- Reyes, Oscar(2006), “Sobre el socialismo del siglo XXI en Venezuela,” *Stockholm Review of Latin American Studies*, No. 1, Estocolmo, pp. 84-104.
- Rodríguez-Hernández, Saúl Mauricio(2006a), “Colombia: ¡Sociedad al borde del precipicio!, El difícil camino hacia la paz,” en Ferenc Fisher et al.(comps.), *Iberoamericana Quinqueeclesiensis*, Vol. 4, Pécs-Hungría, pp. 484-488.
- _____ (2006b), *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959*, Medellín: La Carreta Editores-Universidad Nacional de Colombia.
- Romero, Carlos(2006), “Venezuela y Estados Unidos: Una relación esquizofrénica?,” *Revista Nueva Sociedad*, No. 206, nov-dic, Caracas, pp. 78-93.
- Rouquié, Alain(1984), *El estado militar en América Latina*, México: Siglo XXI Ed..
- Rozenthal, Andrés y Meter Smith(coords.)(2004), *Los Estados Unidos y México: Construyendo una asociación estratégica*, México: Woodrow Wilson Center-ITAM.
- Sáenz Rovner, Eduardo(2005), *La Conexión cubana: Narcotráfico, contrabando y juego en Cuba entre los años 20 y comienzos de la revolución*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sullivan, Mark(2005), *Report for Congress: Venezuela, Political Conditions and U.S Policy*, Washington: Congressional Research Service-The Library Congress.
- Tait, Andrew(2008), “U.S Influence on the Wane in Latin America,” *Center for Security Studies’s Security Watch*, documento en línea disponible en <http://www.isn.ethz.ch/news/sw/details.cfm?ID=10841>
- Torres del Río, Cesar(2008), “Conflicto interno y Fuerzas Armadas colombianas: 1982-2002,” en Rodríguez Saúl y Torres

- Cesar(eds.), *De milicias reales a militares contrainsurgentes: La institución militar en Colombia del siglo XVIII al XXI*, Bogotá: Editorial Javeriana, pp. 339-361.
- Van Klaveren, Alberto(1992), "Latin America and the International Political System of the 1990's," en Jonathan Hartlyn et al.(eds.), *The United States and Latin America in the 1990's: Beyond the Cold War*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Vargas, Alejo(2008a), "Un convivencia inesperada: Fuerzas Armadas y gobiernos de izquierda en América Latina," *Revista Nueva Sociedad*, No. 213, ene-feb, Caracas, pp.81-94.
- _____ (2008b), "La lenta marcha en el siglo XX hacia un ejército profesional moderno en Colombia," en Rodríguez Saúl y Torres Cesar(eds.), *De milicias reales a militares contrainsurgentes: La institución militar en Colombia del siglo XVIII al XXI*, Bogotá: Editorial Javeriana, pp. 299-338.
- Velasco, José Luis(2005), "Drogas, seguridad y cambio político en México" *Revista Nueva Sociedad*, julio-agosto, No. 198, Caracas, pp. 89-101.
- Veneroni, Horacio(1973), *Estados Unidos y las Fuerzas Armadas de América Latina: la dependencia militar*, Buenos Aires: Editorial Periferia.
- Youngers, Coletta y Eileen Rosin(eds.)(2004), *Drugs and Democracy in Latin America: The Impact of U.S Policy (Executive Summary)*, Washington: WOLA.
- Weisman, Steven(2006), "U.S Rethinks Its Cutoff of Military Aid to Latin American Nations," *The New York Times*, 12 de marzo, documento en línea disponible en <http://www.nytimes.com/2006/03/12/politics/12rice.html>
- WOLA(2005), *Rethinking Plan Colombia: As Drug Control Policy, Plan Colombia doesn't Measure Up*, Washington: WOLA.